

En cuanto al argumento, es una de las pruebas mayores de lo simpático y ameno, de lo tierno y encantador del estilo narrativo del señor Ortega.

La idea es vulgar: una niña abandonada por su madre, y cuya muerte forma el castigo de ésta.

Esto es todo; pero esto es nada.

Por consiguiente, hemos llegado al punto en que se hace preciso leer la obra para enterarse del contenido.

¿Cuanto va, querido público, á que despues de leer LA CIGARRA, y de parecerse pocos mis elogios, exclamas como yo:

El dia en que éste principiante ponga su estilo, su ternura, su gracia, su naturalidad y su sinceridad de escritor fluido y ameno, á servicio de una idea madre, desarrollada en un argumento importante, será uno de nuestros primeros novelistas.

Pues ¿sabes, querido público, lo primero que el Sr. Ortega ha de encontrar antes que esa idea madre y ese argumento *capital*?...

Pues te lo diré muy claro.

Eso que, no sé por qué, en sociedad se llaman *medios*, en culinaria, *principios*, y en economía, *metálico*.

Agota, pues, esta edicion, y para que la primera novela del Sr. Ortega sea perfecta, te prometo que no habrá prólogo de tu antiguo amigo y servidor,

R. RODRIGUEZ CORREA.

Febrero 28, 1879.

AL EXCMO. SEÑOR

DON JOSÉ MARÍA LOPEZ

en testimonio de cariñosa amistad,

J. O. M.



*Monterey*

---

*J. Oliver y Compañía*

LA CIGARRA.

---

I.

¿Dónde irá?

Por el sitio en donde estuvo la puerta de Bilbao, y ya cerca de la calle de Fuencarral, á la hora de las seis de la tarde, venia una de las tristes de Enero, poco antes de que oscureciese, una niña, todo lo aprisa que la debilidad y cansancio de sus piececillos consentian. Llevaba una falda de percal oscuro, que le cubria hasta mas abajo del tobillo, jubon de la misma tela y pañuelo de seda, muy viejo y mal puesto, en la cabeza, que era pequeña y graciosa. Zapatos no los tenia: y, con la planta desnuda, caminaba, mojándose en los muchos charcos que la lluvia forma en tan descuidados lugares; abrigábase las manos metiéndoselas debajo de los brazos, y cruzando éstos con fuerza para que el frio soplo del viento, y las punzantes agujas de una llovizna copiosa no se las helaran. A la espalda



traía, pendiente de una cinta, una viejísima guitarra, con solas dos cuerdas y tres clavijas: bien es verdad, que, en cambio, dos agujeros, tamaños como puños, compensaban en la caja el defecto del mástil, de donde se habían caído la mitad de los trastes.

Andaba la niña velozmente, como quien va á algun sitio determinado y le urge llegar pronto: y, en sus desiguales pasos, se echaba de ver que aquellos enanos piés estaban fatigados y doloridos del mucho caminar. Así era, en efecto; y si hubiéramos podido leer los pensamientos de la niña, habríamos oído murmurar al ánimo contristado que los formulaba:

—¡Ay, qué pena!... ¡cuánto andar!... Me han dicho que por aquí se entra en Madrid... ¡Por aquí derecho, derecho!... ¡Estoy rendida!... Yo, que creí que llegar á Madrid era cosa de un momento... ¡Un momento, y llevo quince días andando!... ¡Y para qué? ¡Lo sé yo misma? Si fuera en busca de una persona que me quisiera, tendría que estar dando vueltas y vueltas, hasta que me muriese, como esas golondrinas á quienes los chicos rompen el nido... Tendría que irme volando por los cielos, que es donde está mi pobrecita madre...

El pensamiento de la mendiga cesó de hablar, porque una tristeza inmensa afluó en poderosa ola de llanto á su corazón; y alzando el pálido rostro, para mirar el brumoso horizonte, á un tiempo se le humedecieron lágrimas

y gotas de agua helada. La niña se detuvo un momento y pasó por su cara el dorso de la mano derecha, para secar la humedad del lloro y de la lluvia. Después siguió andando, y su pensamiento volvió á hablar.

—Vamos, vamos... Ya veo á Madrid... ¿Pero dónde está el mar?... ¿Será aquello que hacía la derecha se confunde con la tierra?... No; si aquello son nubes... ¡Qué cielo mas negro!... ¡Qué triste debe ser Madrid... con este cielo, mas oscuro que una cueva!... ¿Pero dónde está el mar?... ¡Si parece que no he visto el mar en un año!... Hoy hace uno, dos, tres, ocho... y dos diez, diez y uno, once... trece... quince, quince días—pensó la niña, contando por los dedos de su casi trasparente manecita—quince días hace que salí de Santa Marta, y desde entonces no he visto el mar... ¡Cuánto lloré al despedirme de sus olas!... ¡Virgen del cielo! si me decían que no me marchase de junto á ellas: que me quedara allí... Pero yo no quise quedarme... porque había prometido á mi madre-cita venir á Madrid... ¡Virgen del cielo, qué frio tan grande!...

Nuevamente se paró la niña; pero ahora fué movida de curiosidad para ver un carruaje que, con las dos linternillas encendidas, cruzaba el camino al galope de sus dos caballos. Las ruedas del vehículo, al entrar y salir en los charcos, sacaban por la tangente chispas de barro, algunas de las cuales mancharon la



falda de la mendiga, que continuó su caminata. Pronto se aparecieron á sus ojos exploradores los primeros edificios de la calle de Fuenarral, cuyas tiendas encendian entonces los mecheros de gas de sus escaparates. Los faroles del público alumbrado lucian ya tambien, y su resplandor, al refractarse en las mojadas aceras, dábales reflejos acerados y blancos. Gruesas gotas caian sin cesar sobre los cristales de las tiendas y de los balcones, deslizándose luego por ellos como lágrimas. Las luces de las casas dibujaban en aquel aire caliginoso, y, por decirlo así, palpable, manchas rojas de triste fulgor sangriento.

A pesar de que la noche era horrible, no faltaban transeuntes que, armados de sus paraguas casi todos, desafiaban impávidos la inclemencia celeste. Iban á buen paso, como quien se dirige á su negocio ó al ageno (que para el caso es lo mismo), y se deslizaban sobre las relucientes losas, á manera de sombras. Numerosos carruajes corrian en todas direcciones, causando con su celeridad y su traqueo estrepitoso admiracion profunda á la muchacha. Pero aquella admiracion no fué muy duradera, y á ella substituyó en el alma de la niña un dolor, un desconsuelo amarguisimo: la idea del abandono absoluto en que se encontraba.

—¡Cuánta gente!—pensó, descolgándose de la espalda la guitarrilla, y cogiéndola entre

los brazos como á un niño.—Yo no conozco á nadie absolutamente; nadie me habla ni se fija en mí... ¡Virgen del cielo, qué pena!... ¿Qué va á ser de tí, Solita,—exclamó hablando consigo misma,—en medio de esta barahunda?... Pero ¿y el mar?... ¿dónde estará el mar de Madrid, Santísimo Dios?... Mi madrecita me dijo que rezara á la Virgen siempre que estuviese triste y me dieran ganas de llorar... pero ¡he llorado tanto, y he empleado tantas veces ese remedio sin que me alivie el dolor del corazón, que mi pena es incurable!...

Despues, fijando los ojos, arrasados de lágrimas, en la guitarra, exclamó:

—¡Pobrecilla! Tú eres mi acompañante, mi amigo, mi madre, y mi padre, y mi mundo todo. Sin tí no hubiera llegado á este Madrid.. ¡Buena estás, guitarrilla!... En Betanzos se te rompió la prima; en Leon, á un mismo tiempo, saltaron la segunda y tercera... No te quedan sinó los bordones, que dan un son triste como el de las campanas cuando tocan á muerto!

Y Solita (pues así se llamaba) pasó los dedos de su mano derecha por las cuerdas del instrumento, que produjeron sordo ruido, con que parecian querer asociarse á las manifestaciones de su simpática amita. Esta se arremió á una pared, que acertó á ser la frontera de un café muy concurrido, y rasgó con temblorosos dedos aquellos bordones, y hasta



quiso cantar; pero su garganta apenas articuló un lamento, y sus manos cayeron á lo largo del cuerpo, pegando á la guitarra un mediano golpe contra las piedras.

—¡Virgen Santísima, si me muero de frio!— balbuceó.

Sus dedos rígidos y casi insensibles no podían moverse con aquella agilidad necesaria á los tocadores de guitarra, y su espíritu, apesadumbrado, también rechazaba un ejercicio con el que la alegría está casada desde que el mundo es mundo y la música música.

Volvió á ponerse en movimiento, y anduvo una hora, sin cansarse, ó sin dar muestras de que se cansaba; cruzó plazas, burló carruajes, saliendo de entre las patas de los caballos por milagro patente; atravesó un redondel muy grande que, según hemos logrado averiguar tras prolijas disquisiciones, es la puerta del Sol; otra plaza más pequeña, en medio de la cual un enorme caballero arrostraba el agua sobre blanco pedestal de piedra; y se perdió luego en las vueltas y recodos de mil calles angostas. Solita no sabía á dónde iba, pero se diría que llevaba rumbo fijo, al mirar cuán veloz era su paso y aquella decisión en tirar por la calle de la derecha, en vez de perderse por la de la izquierda, lo mismo que si conociera todos los andurriales de la corte. Como una lancha abandonada va á merced de la resaca, que la arroja á la playa, á manera de

trofeo cruento de su victoria sobre la humanidad, Solita, reliquia tal vez del naufragio de alguna familia desventurada, iba á Dios sabe qué playa, á impulso de la corriente con que la sociedad arroja de su seno á los seres inútiles.

Al detenerse Solita, se encontró en el tenebroso extremo de una calle sin salida, que podría compararse á la manga de una chaqueta, cosida por el puño, según era estrechísima y oscura. En la parte correspondiente al puño de esta manga, veíase negra verja, cuyos espesos hierros destacábanse sobre la eminente tápia que protegían.

Cuando Solita acababa de sentarse en el dintel de una casa contigua, la verja chirrió, gruñendo como una vieja á la persona confiada á su guarda que salía en tan endiablada noche. El ruido de la verja llamó la atención de Solita, que dirigiendo una ojeada al lugar de donde procedía el desapacible chirrido, vió unas escaleras que desde el piso llano de la calle conducían al peristilo de un templo. Por aquellos escalones descendían unos piés negros, detrás de los piés una ropa amplia, negra asimismo, después el cuerpo cuya era la ropa, y una cabeza, por fin: todo formando un hombre en quien, desde una legua, se reconocía la profesión sacerdotal.

El sacerdote se acercó á Solita, y mientras guardaba dentro de la sotana un manojo de



llaves, que lo mismo podrian ser las del cielo que las de la carcel, preguntó:

—¿Qué haces aquí, niña?

—Yo... repuso Soledad.

Pero lo que Soledad repuso, merece capitulo nuevo.

---



---

 II.

## Náufraga.

—Yo,—dijo Solita,—no hago nada... ¿No se puede estar aquí?

—Sí, se puede, muchacha,—contestó el cura con acento de bondad y voz un tantico cascada.

Pero aquí hace demasiado frio, y en esta noche tan cruda corres peligro de helarte.

—¡Helarme, señor! ¿Y qué es helarse? Yo no me helaré nunca, despues del frio que he pasado en el camino.

—¡Oiga!—exclamó festivamente el buen señor.—¿Conque tú has hecho un viaje?

—¿Y qué viaje, Santísimo Cristo! ¡de mas leguas!...

—¿Sola?

—Así me llamo.

—¿Te llamas Sola?

—Y he venido sola, y estoy sola en el mundo,—murmuró la muchachita, entrecortando sus palabras, para dejar salir, en forma de sus-



piros, la tempestad de penas que anublaba su alma.—De manera que en mí todo son soledades.

—Estás descalza,—dijo el cura, despues de haber dirigido una mirada inspectora á Soledad,—¡y casi desnuda! ¿Has comido hoy?

—Sí, señor. Comí esta mañana, en un pueblo que está cerca de Madrid, y que llaman el Pardo... Una ciega, que se habia caido en un barranco que hay junto al ferro-carril, daba muchas voces... yo pasaba cerca, las oí, la saqué al camino, y la buena mujer me dió unas sopas, que me sentaron divinamente... Allá se quedó ella, y yo seguí andando, andando.

—¿De dónde vienes tú?

—De allá lejos, lejos... ¿Sabe Vd. dónde está la Coruña? Pues por allí cae mi pueblo.

—¿Cuál es el nombre de ese pueblo que cae junto á la Coruña?

—Santa Marta.

—¿Santa Marta de Ortigueira?

—Ese mismo—exclamó alegremente la niña, levantándose.—¿Le conoce Vd.?

—No, hija mia; pero conozco el nombre. Allí hay buenas ostras.

—Yo creí que habia Vd. estado en Santa Marta—repuso Soledad, volviendo rápidamente á su tristeza despues de aquel relámpago de gozo.

—¿Pero á qué viene esta señora Soledad á la córte?—preguntó el clérigo, usando ese tono

de cariñosa broma que suele emplearse con los niños.

—Yo no lo sé.

—¡Cordero celestial! Pues entonces lo sabré yo. ¿Dónde está tu madre?

—Allí—contestó Soledad, al tiempo que señalaba con el dedo índice y con la mirada el cielo, mas negro entonces que la tinta.

—¿Y tu padre?

—Aquí—repuso ella, bajando la mano, y señalando la tierra con energía, como si hubiese tratado de agujerearla, para mostrar los infiernos.—Murieron los dos.

—¿Era malo tu padre, segun eso?

—Muy malo.

—¿Y tu madre?

—¡Virgen del cielo! Una santa.

—¡Pobre señora!...

—¡Pobre de mí!...

—Tienes razon, muchacha. Ella acabó de sufrir y tú empiezas ahora.

—¿Empiezo ahora? ¡Si llevo ya muchos años!

—¡Cordero celestial!—afirmó el cura, que repetia aquellas dos palabras, con la frecuencia con que otros hombres dicen vocablos groseros é imprecaciones bárbaras.—No podrán ser muchos. ¿Cuántos tienes?

—Va para quince.

—¿Y cuántos llevas sufriendo las penas de este pícaro mundo?

—Lo menos cinco.



—A ver, cuéntame eso, Soledad de las soledades.

• —...Que se murió mi padre.

—Chica, empiezas por el fin. ¿De qué murió tu padre? ¡Acaso de miseria!... Pero, no; ahora recuerdo que por esa tierra hubo, hace años, fiebre amarilla. Murió de fiebre amarilla, ¿verdad?

—No. Murió de un balazo.

—¡Enfermedad fulminante!...

—Él era carlista. Entonces vivíamos en Lumbier.

—¿Qué has dicho? ¿Vivíais en Lumbier? ¿Estás segura?

—¡Cristo bendito! ¿No he de estarlo?

El clérigo, que había sostenido hasta entonces el coloquio con cierta indiferencia, manifestó en las facciones de su seco semblante asombro extraordinario; y sus ojos, pequeños, pero muy vivos é inquietos, agitáronse vertiginosamente dentro de las líneas de cerdas que le guarnecían las pálpabras, arrugadas como pasas de Corinto. Pero también fué esto un relámpago de curiosidad, parecido al que alumbró momentos antes el alma de Solita. Aquellas aviejadas facciones recobraron presto su serenidad, y las manos del clérigo volvieron á jugar con el fiador del manteo.

—Entonces vivíamos en Lumbier, y mi madre pasaba las del Purgatorio, porque mi padre se emborrachaba cada lunes y cada mar-

tes... Una noche, despues de pegarla con un palo, y de llenarla de insultos horribles, se fué, y no le vimos mas... hasta que, otra noche, despues de un dia muy triste, en que se pelearon los del gobierno con los nuestros...

—¿Con los vuestros? ¿Y quiénes eran los vuestros?

—¡Madre del cielo! ¡los carlistas!... Aquel dia sonaron muchísimos tiros... ¡tantos! ¡tantos! que si cada uno de ellos hubiese matado un pájaro, no habria hoy pájaros en España.

—¡Hija, tú serás de Lumbier, pero pareces andaluza!

—¡Madre divina! Que me caiga muerta si no es verdad lo que digo... Mire Vd., así como pasan los pájaros delante de los ojos una mañana de primavera, así pasaban aquel dia los tiros por delante de los oídos... Mi madre lloró mucho, porque sabia que mi padre estaba peleándose con los soldados, y creia que cada tiro que sonaba le habria matado á él... ¡Virgen del cielo! Si esto hubiera sido cierto, habrian dado á mi padre miles de miles de muertes.

—¡Qué cosas dices, muchacha!

—Aquella noche, la que vino despues del dia de la pelea, entraron en Lumbier los heridos, los muertos, los pedazos de otros muertos que destrozaron las granadas... Mi padre llegó...

—¿Llegó por fin?



—Sí. Llegó por fin en un carro... y sin cabeza.

—¡Cordero celestial, qué llegada!

—Mi madre que le ve, se desmaya y cae al suelo... Yo no pude levantarla, y como nadie me hacia caso, porque ganaron los soldados, y todos los vecinos salian huyendo, antes de quedar en su poder, pasamos la noche en la plaza, yo viendo cortar piernas y brazos á los heridos, que estaban tirados sobre la tierra, y mi madre sin conocimiento. A la mañana entraron los soldados... No eran tan perversos como nos decian... ¡Cá, no señor! Me ayudaron á trasportar á casa á mi madrecita y todo... Pero... ¡Virgen Divina! cuando quiso la pobre levantarse, no pudo... Se habia baldado... baldada para siempre se quedó la infeliz... Despues salimos á pedir limosna... porque padre se llevó todo el dinero que ganaba mi madre lavando, y nos moríamos de hambre. Mi madre tocaba la guitarra... esta guitarra que usted ve... y yo cantaba... Y como dábamos muchas vueltas al pueblo, mi madre tocando y yo cantando, un sargento de caballería, que estaba en la guarnicion, decia siempre que pasábamos por frente al campamento: «Ahí viene la Cigarra;» y me quedé con ese nombre.

—¡La Cigarra!

—Sí; la Cigarra... Porque yo canto muy bien.

Soledad pronunció estas palabras con tal ex-

presion de humildad, que nadie la habria contestado: «No eres muy modesta, hija.»

La Cigarra dijo luego:

—A los ocho dias, mi madre escribió una carta á un primo que tenia en Santa Marta, explicándole su orfandad y pidiéndole amparo. El primo... es decir, mi tío, contestó que era pobre y viejo, pero que estaba soltero y sin arrimo cariñoso de nadie, que fuéramos... y viviríamos juntos. A otro dia salimos de Lumbier... Mi madre apenas podia andar... y yo no era bastante fuerte para llevarla en brazos. Apoyada en mí, caminaba poco á poco... El dia que mas, hacíamos una jornada de dos leguas... Pero al fin llegamos... ¡Cristo bendito! ¿para qué? Para asistir al entierro de mi tío, que murió la noche antes... ¿Ha visto Vd. qué mala suerte?... No hubo mas remedio que seguir cantando y tocando; y tanto canté, que todos se olvidaron de mi nombre de pila, y me llamaban *la Cigarra*. «Cigarra, canta el romance de la Virgen de los Iluminados,» me decian aquí; «Cigarrilla, canta la jácara de los moros,» me mandaban allá; los enamorados me pedian que entonase unas coplas muy lindas, que empiezan:

*«Hermosita, hermosa,  
la de las manos de plata,  
mas te quiere tu marido  
que al rey de las Alpujarras.»*



Y así nos ganábamos la vida... ¡Qué vida, Santa Virgen! Cantar á todas horas, de día y de noche.

—Eres un cordero celestial, Cigarrita...— dijo el cura, enternecido con la dulce charla de la cantora.—Pero aún no me has satisfecho la pregunta principal, que es á qué vienes á Madrid.

—¡Si no lo sé!—repuso la niña con firmeza.—Vengo, porque mi madre, que ha muerto hace diez y seis dias, me lo mandó... Estaba agonizando, y me tomó las manos con las suyas, que eran como un pedazo de hielo, para decirme: «¡Qué desdichada eres, hija mía! Hasta ahora, sólo has tenido dias de lágrimas. No has visto el sol sin nubes, ni las mariposas del campo; las tormentas no han cesado de cruzar sobre tu pobre cabecita, y debes estar aturdida de oír tanto trueno.» Yo no entendía aquellas palabras, y como mi madre, al decir las, me miraba con unos ojos tristes, muy tristes, y quietos, cual si fueran de vidrio, me eché á temblar y grité: «¡Madre! No me hables así: mírame de otro modo. Esos ojos que pones me asustan.» Pero no dejaba de dirigirme aquella mirada de persona muerta, ó de pájaro diseado, que me entraba en el corazón como si fuese un alambre hecho áscua... Por fin me dijo que ella se estaba muriendo... «¡Qué morir?—exclamé yo.—Lo mismo pensabas el dia en que mataron á mi padre.» Me respondió: «Es

verdad; entonces me morí á medias, pues quedé baldada. Ahora me muero completamente; y es preciso que antes de que esta boca se cierre, Solita de los ángeles, te encargue una cosa. ¿Prometes tú hacerla?—Juré que sí, creyendo que me mandaría ir á rezar á la iglesia, delante de la Señora de los Remedios, ó salir al campo á coger violetas, para ponerlas debajo de una estampa de la Santa Soledad que tenia frente á mi cama. Mas no fué eso lo que me mandó, sinó otra cosa mas difícil. Me mandó que, en cuanto ella muriese, me fuera de Santa Marta, y me viniese... nada menos que á Madrid... ¡Ya ve Vd., que venir una pobre de pedir limosna á Madrid!... ¡A Madrid, donde no habrá mas que gente rica, y condes y reyes!... Y además, me mandó que entregase, no sé á quién, una carta que ella habia escrito la tarde misma.

—¿Sabia escribir tu madre?

—¡Anda! Mejor que el maestro de Santa Marta. ¡Si estuvo en Madrid sirviendo muchos años!

El sacerdote tornó á dar muestras de interés, y aún podemos decir que de febril impaciencia, impropia de su edad caduca. Especialmente desde que Soledad pronunció las últimas palabras, y mentó lo de la carta, aquel rostro rugoso y encanecido, que podria compararse á un monton de nieve, experimentó movimientos de ansiedad.



—Sigue, niña, tu historia, que es interesante,—exclamó.

—Pues mi madre me dijo:—«Te vas á Madrid, con tu guitarra, mi bendicion y esta carta... Allí, cuando veas á un señor, ó á un soldado, le preguntas que si sabe dónde vive la persona de quien habla el sobreescrito, y le ruegas que te guíe á dónde sea. ¿Me prometes hacerlo como te digo?»...—Respondíle que sí; ¡ay! ¡y se murió la pobre!... Cuando la enterraron, cogí mi guitarra, y salí de Santa Marta... y hoy he llegado á Madrid... ¡Si me parece imposible! ¡Hay mas leguas de por medio!

—¿Y la carta? ¡la carta!—preguntó el cura con agitacion, dándose golpecitos con la palma de una mano en el dorso de la otra, en señal de impaciencia.

—Aquí debe venir,—repuso la Cigarra buscando en el bolsillo del vestido.—Sí... aquí... Esta es.

Soledad sacó un pliego, torpemente doblado, y se lo entregó al cura, quien le acercó á sus ojos para leer el sobreescrito; pero la oscuridad era mucha, grande la debilidad de su cansada vista, y no pudo distinguir las letras, áun cuando parecian tamañas como palotes de Torío.

—Niña—repuso el clérigo—¿vas á pasar la noche aquí? No... no... entra en el pórtico de la iglesia, y allí, entre unos tapices viejos, que están amontonados á la derecha, harás

una cama estupenda de cómoda... Luego te echarán por aquella ventana una cesta con algo de comer... Duerme bien, y mañana Dios dirá... Yo leeré esta carta, y pondré en camino á la Soledad de las soledades, para que llegue á puerto de salvacion...

Mientras así hablaba, habiase ido acercando, seguido de la Cigarra, á la verja. Abrióla de nuevo, y penetró en el interior del peristilo, perdiéndose con la cantora bajo las sombras gigantescas de la columnata.